

ENSAYO PARA UNA RAZON CON CONCIENCIA

Muchos nos tememos que la opinión popular aún sigue considerando a la reflexión filosófica como conocimiento puramente especulativo, metafísico, contemplativo, sin ningún tipo de finalidad práctica, inmanente. Si bien este análisis ha sido cierto aplicado a los esquemas de la filosofía tradicional, de base fundamentalmente discursiva, a partir de los tiempos modernos, con el triunfo del Movimiento Ilustrado-Racionalista, la filosofía se presenta con criterio de utilidad en la organización de la vida social de los hombres. La duda está en saber, si una vez que se produjo la división entre creencia y razón en el marco de la Historia del Pensamiento, los criterios racionalistas, de base científica, han contribuido en alguna manera a hacer factible las mejoras sociales que la Filosofía de la Razón (Ilustración) y su fé en el progreso, pretendían. Todo parece indicar, desgraciadamente, que en muchos campos del saber (sobre todo en el terreno de las ciencias experimentales) esa fé en el progreso y bienestar de la Humanidad sólo ha sido entendido con criterios de "eficacia", "rentabilidad económica", y "racionalidad administrativa-burocrática" (recuérdese los postulados de "eficacia" abanderados por los grupos políticos de carácter conservador).

No es nada extraño que dentro del mismo Movimiento Ilustrado y en uno de sus máximos representantes, Kant, surgiera un escepticismo sobre las posibles mejoras que la ciencia y sus postulados racionalistas ofrecían, en aras de una Humanidad más libre y equitativa. Y no es nada extraño que al final el mismo Kant presagara la aparición en algunos hombres de "un cierto odio a la Razón" (misologinía).

La necesidad de un asalto de la Razón Práctica (moral) a la Razón Pura (científica) se presenta, en el mundo tecnificado actual como una cuestión urgente de oposición a una ciencia negadora de la vida y a un sueño de la Razón productora de monstruos, como señala Goya en uno de sus grabados. Paradoja de la Razón: la diosa de la libertad del siglo XVIII se transforma en el umbral del siglo XXI en la lógica de la servidumbre, del control y del poder solapado para el dominio y la domesticación de una Humanidad que sólo puede llamarse plena si nos entendemos en términos de consenso, de democracia real -no meramente formal- y de una inter-subjetividad, de la que nos habla Husserl, que supere unas relaciones sociales opacas, oscurecidas bajo la óptica de la eficacia técnica, la rentabilidad económica y la "seguridad" y "orden" en la política nacional e internacional.

Reivindicar el viejo-nuevo Principio de Esperanza como necesidad práctica para la superación de concepciones políticas de "tres mundos en Uno" sólo puede realizarse infundiendo a la Filosofía de la Razón, y a los estratos de poder que la sustentan, una finalidad trascendente y emancipatoria, en la línea que la Teoría Crítica y más concretamente J. Habermas nos señala. Y sobre todo no olvidando que todo

conocimiento es válido en la medida que: primero es reflexivo, segundo es crítico y tercero es orientativo para la acción. Y es en este último fundamento donde la reflexión filosófica debe transformarse en "antifilosófica" para ser práxica, para generar en el ser humano la capacidad de decir !NO!: no a una ciencia sin conciencia, no a una ciencia de lo que "es" sin el "debería-ser", no a una ciencia física para la generación de la bomba atómica, no a una ciencia económica para la depredación de la Naturaleza, no a una técnica para la producción de armamento, no a una ciencia sociológica para la justificación de la estadística fría del desempleo, no a una ciencia matemática para el control informático de las vidas privadas, no a una psicología para el control técnico, individual y colectivo, del cerebro (recuérdese la película "La Naranja Mecánica" de S. Kubrick), no a una pedagogía para la sumisión, no a una química para la producción de sustancias tóxicas, no a una ciencia histórica para la justificación ("lógica") de la rapiña ejercida a los pueblos indígenas americanos... Digámoslo una vez más: una ciencia sin conciencia, sin ética, sólo tiene validez dentro de los esquemas del Poder. Pero no debemos olvidar que todo anhelo de transformación social sólo puede ser factible en la medida que tengamos la capacidad de revolucionar la base material-social sobre la que se levanta la concepción científica-racionalista, justificativa de "sinrazones" sociales, que se esconden bajo los presupuestos de eficacia, utilidad y pragmatismo en una lógica de medios y no de fines. Subordinar los fines a los medios, dentro del maquiavelismo político más instrumentable y dentro de una concepción de la ciencia como dominio-imposición del Hombre sobre la Naturaleza, sólo puede abocarnos a unas relaciones humanas cosificadas, objetivadas y desvirtuadas, en las que las situaciones afectivas se contemplan en términos de mercado, negocio y de labor "sabiamente calculada".

Recuperar la capacidad de ser radical, de ir a la raíz material, real, de los problemas sociales, científicos, ideológicos, en una cultura concebida como espectáculo, que ha bajado la guardia bajo el halo del conformismo, de la desidia y del consumo; recuperar la capacidad de plantar cara a la manipulación solapada, se presenta como necesidad primaria para volver a los viejos principios Humanistas de autonomía y confianza plena en el Hombre y en la Naturaleza. En definitiva, humanizar la ciencia, recuperar una ética de la sensibilidad y conseguir una ciencia menos fría y calculadora, es una labor que está en nuestras manos, no como futurible sino como necesidad inmediata para que aprendamos de la Historia que lo mismo que el programa político del nazismo ofreció mantequilla a cambio de cañones y mentalizó al pueblo alemán para la lógica y la coherencia de la guerra, debemos aprender también, que el exceso de razón, en el terreno del Pensamiento, puede ofrecernos monstruos.

Fdo. Matías Cáceres Dávila